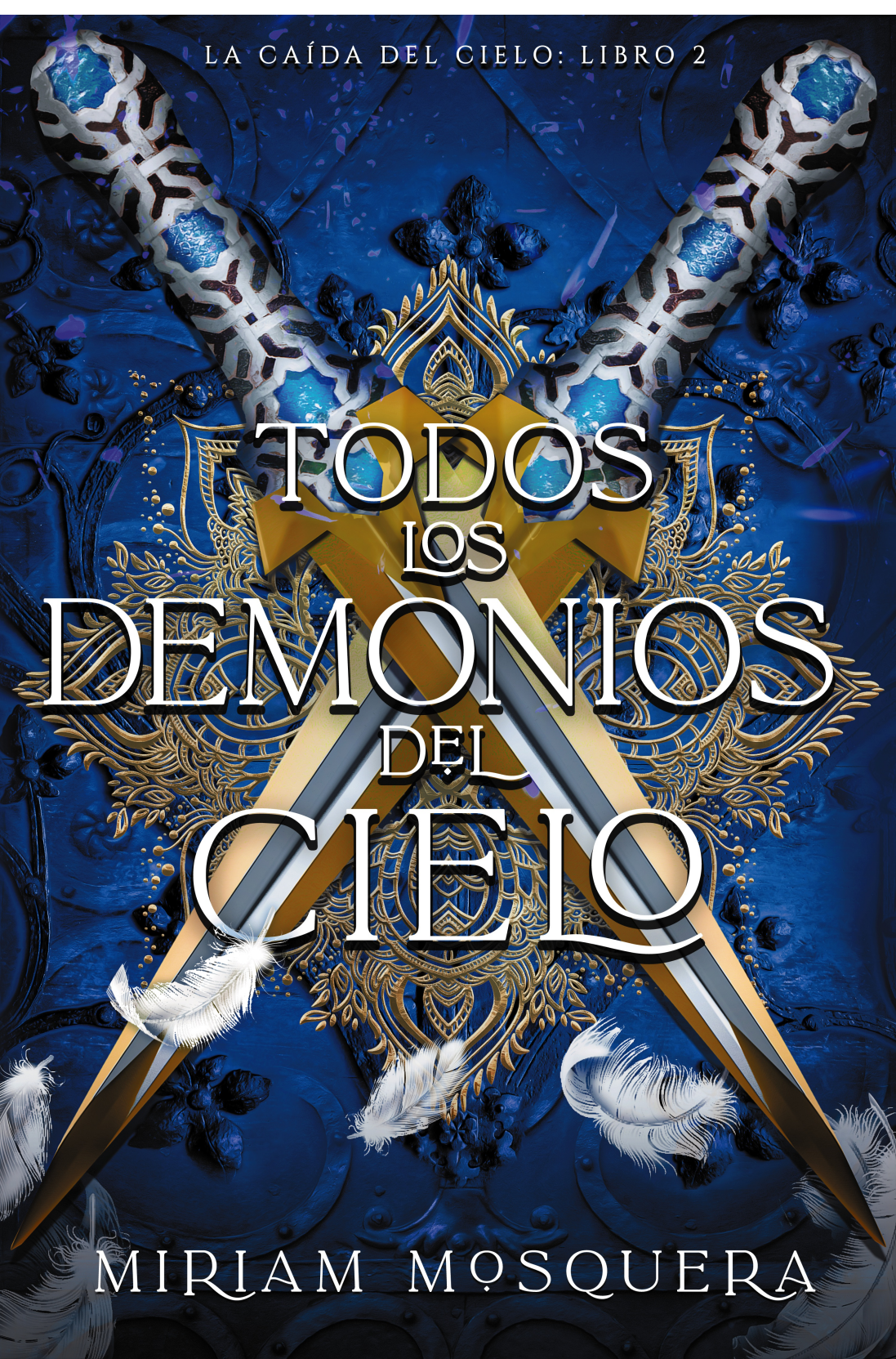

LA CAÍDA DEL CIELO: LIBRO 2
TODOS LOS DEMONIOS DEL CIELO
MIRIAM MOSQUERA

Miriam Mosquera

Todos los Demonios del Cielo

Faeris

Primera edición: septiembre de 2024

Diseño de cubierta: Mayhem Cover Creations

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Miriam Mosquera, 2024. Autora representada por IMC Agencia Literaria
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-36-2
Depósito legal: M. 13.651-2024
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



Para Lidia.
Por no dejar que me rinda

Trigger warnings

Sangre, lesiones o mutilaciones; violencia sexual;
violencia o torturas; muerte, asesinato.

Los señores del Infierno son por todos conocidos,
no repitas sus nombres si quieres seguir vivo.

Shin es el rey de las tormentas, que tenga cuidado quien mienta.

Resh está hecho de fuego, no hay más que llamas en su cuerpo.

¡Cuidado con Nuun, que con tres ojos puede verte!
¡Cuidado con Nuun, que puede poseerte!

Vav puede provocar dolor, romperte un hueso o detener tu corazón.

Tzadi es como un hechicero, y con su magia hace realidad
tus más profundos miedos.

Yud no tiene poder, dicen que se lo quitó Luzbel.

Prólogo

Cielo

El silencio que dejó la desaparición de los ángeles era una herida abierta en el Cielo. Ya no se escuchaba el sonido que provocaba el roce de las plumas de sus alas, ni la música de sus trompetas, ni aquella risa hecha de campanas y cascabeles capaz de sanar cualquier herida. Tampoco había sueños, y todo lo que una vez había brillado con fuerza fue de repente opacado por las sombras.

El Cielo no era más que un bastión abandonado tras una guerra cruenta, un lugar inhóspito y solitario que lloraba piedras preciosas de tristeza, un paraíso perdido para los demonios y una esperanza asesinada para los humanos. Pero, antes de la Caída, el Cielo lo había sido todo.

Las sagradas escrituras decían que en él había reinado la luz, una luz intensa y cegadora capaz de derretir un corazón congelado; tan poderosa que las sombras no tenían valor suficiente para enfrentarse a ella. Sus bosques estaban hechos de jaspe, zafiro, ágata, esmeralda, diamante y amatista; los edificios de la Ciudad Celestial, del caelestum más puro. El Cielo era hermoso y perfecto, pero nada de lo que allí había podía competir en belleza con sus habitantes, las criaturas que poblaban las calles de aquel vergel

y cortaban el aire con su vuelo, la obra favorita del Creador: los ángeles.

Desde los serafines de miles de ojos hasta los humildes mal'akh, todos ellos llenaban el Paraíso con su deslumbrante blancura y su flameante gloria, convirtiéndolo en un hogar en el que la paz era patria y la concordia, bandera. Eran los ángeles, bendecidos con poderosas gracias, los encargados de hacer realidad los sueños del Creador. Eran ellos, organizados en una marcada jerarquía, los que disfrutaban de los placeres de un Paraíso que había sido creado a su medida.

Aquel amanecer, mucho antes de que el manto de la guerra lo oscureciera todo, tres de esos ángeles avanzaban a través de uno de los bosques que rodeaban la Ciudad Celestial. Caminaban sigilosos entre árboles de frutos dorados, las alas níveas recogidas a la espalda. Vestían la túnica blanca de los mal'akh, los ángeles de rango más bajo; la cadena de oro que decoraba sus tobillos también los señalaba como tal. Lo único que se escuchaba era el agua del arroyo que cantaba a su lado, el viento meciendo las copas de los árboles. Las flores crecían a su alrededor en todos los tamaños y colores, a excepción del negro, ya que este representaba una oscuridad que no se atrevía a brotar en un lugar en el que la claridad manaba a borbotones. A lo lejos, los edificios retorcidos de caelestum reflejaban la salida del sol como si llevaran puestas armaduras de oro, destellando entre unas nubes que hacían de murallas para la Ciudad Celestial.

—Cuidado —susurró el que iba en cabeza, de cabello oscuro y ojos castaños, deteniendo de golpe sus pies descalzos—. ¿Escucháis eso?

Aunque los otros dos se quedaron quietos, tensos y a la espera, pasaron varios segundos sin que ningún sonido les sorprendiera. Uno de ellos, pálido y de ojos rasgados, suspiró con cansancio.

—Yud —musitó—. Estás perdiendo la cabeza.

—¡Mira quién fue a hablar! —le respondió el otro. De piel negra y hombros anchos, llevaba el pelo peinado en pequeñas

trenzas—. Hace un rato nos has hecho desviarnos porque estabas seguro de que había una trampa entre los árboles.

—Es que había una trampa.

—No, no la había.

—Sí que la había, y si no hemos caído en ella, ha sido gracias a mí.

—Eso es absurdo.

—¿Sabes qué es absurdo? Esta maldita prueba. No quiero usar mi poder contra vosotros, ni siquiera a cambio de ascender.

—¿Cuestionas acaso las decisiones de los arcángeles?

—Resh, Shin —los cortó Yud, convirtiendo sus nombres en dardos—. Callaos.

Los otros dos ángeles intercambiaron una mirada cómplice, pero Yud entornó los ojos y los ignoró por completo.

Aunque todos estaban nerviosos, ninguno de sus compañeros cargaba con tanta presión como él. Resh y Shin sabían que dejarían de ser mal'akh, que los llevarían a entrenar con los arcángeles; que la última prueba de la Ascensión era un mero trámite. Yud, por el contrario, podía seguir siendo un sirviente para toda la eternidad.

—Yud —dijo Shin—. Aunque no superes la prueba de hoy, has conseguido otros méritos.

—De hecho —añadió Resh— fuiste el primero en la prueba de velocidad. ¡Ninguno de nosotros vuela tan rápido como tú! Si hoy quedas el último...

—Si hoy quedo el último —le interrumpió Yud, girándose hacia él—, no tendré los méritos suficientes para superar la Ascensión, por lo que tendré que seguir siendo un mal'akh y no podré ir a la Tierra. Los arcángeles fueron muy claros cuando anunciaron que esta era la prueba más importante de todas. No hay nada que hacer.

Justo en ese momento, lo escucharon. El crujido de una rama. Alguien acechándolos. Solo tuvieron un instante para reaccionar antes de que tres ángeles de túnicas blancas cayeran sobre

ellos desde las copas de un árbol cercano. Llevaban las alas extendidas y la piel brillando en oro.

—¡Atacad! —gritó Yud—. ¡Rápido!

Los tatuajes de Resh y Shin estallaron, convirtiendo sus pieles en hermosas joyas grabadas. El bosque se transformó en un improvisado campo de batalla. Resh comenzó a lanzarle bolas de fuego a Nuun, que aparecía y desaparecía a la misma velocidad de la luz. Shin, a su vez, intentaba alcanzar con sus relámpagos a un escurridizo Vav.

Yud se quedó tras ellos, observándolos con una mezcla de orgullo y envidia. Eran sus hermanos, y eran poderosos. Todos merecían que los arcángeles los ascendieran, que el Creador los dejara participar en esa misión en la que tanto se estaba esforzando. Todos merecían dejar de vivir sometidos.

Se dio la vuelta en un rápido movimiento, evitando así que una de las bolas de fuego de Resh le quemara las alas, y sus ojos se encontraron con una mirada de hielo que conocía muy bien: la de Tzadi.

—Hola, Yud —le dijo esbozando una fría sonrisa.

Yud guardó silencio y lo observó durante unos segundos. Tzadi tenía las alas abiertas, el blanco salpicado con algunas plumas doradas, el pelo negro. Su piel estaba cubierta de tatuajes de oro que gritaban que su poder estaba encendido, que podía atacar en cualquier momento. Solo su rostro permanecía intacto.

—Tzadi, no —musitó Yud. Su hermano le había contado cientos de veces lo que estaba dispuesto a hacer cuando se enfrentaran a la última prueba de la Ascensión, y eso le aterraba—. Por favor.

Los mal'akh continuaban luchando a su espalda, esforzándose por demostrar su valía con el bosque como testigo. Yud escuchaba sus gruñidos, sus ataques, sus gritos de emoción. Escuchaba todo aquello que los arcángeles buscaban y que él jamás sería capaz de darles.

—Tengo que hacerlo —replicó Tzadi.

Yud apretó los puños cuando los tatuajes del mal'akh brillaron con más fuerza y, en la palma de su mano, apareció una pequeña esfera que ardía como una estrella. Sabía que Tzadi era capaz de crear cosas extraordinarias, de moldear el universo a su antojo, y no podía dejar que hiciera ninguna tontería. Tenía un gran futuro por delante, no podía permitir que le pasara lo mismo que a él.

Cerró los ojos un segundo e hizo un esfuerzo por llamar a su propio poder, suplicándole en silencio que trajera el oro a su piel. Sin embargo, no ocurrió nada. Hacía años que en su interior solo bullían la vergüenza y la humillación de sentirse diferente, defectuoso. Su gracia se había apagado tras aquello que le había pasado, tras lo que le habían hecho, y no había vuelto a ser el mismo.

—Si no lo hago —le dijo Tzadi, obligándole a abrir los ojos de nuevo—, no dejarás de ser un mal'akh y no podrás venir con nosotros a la Tierra. No puedo permitir que te quedes atrás.

—Y yo no puedo permitir que te arriesgues por mí. Los arcángeles están supervisando la prueba. Si descubren que...

—Yud —insistió Tzadi—. Yo ya tengo asegurado el ascenso, tengo más méritos que ningún otro mal'akh. ¡Soy el más poderoso de todos! Tú eres el que corre peligro hoy.

Yud abrió la boca para replicar, pero un grito a su espalda le sobresaltó. Giró sobre sí mismo justo en el momento en el que Nuun aparecía frente a Resh y lo apuñalaba en el abdomen con una daga de diamante. La pureza de la túnica de Resh se tiñó enseguida de rojo; sus ojos, de rabia, dolor y sorpresa.

—¡No es justo! —gritó, llevándose las manos a la herida—. ¿De dónde has sacado esa daga?

Yud observó como se apagaban los tatuajes de su compañero mientras pensaba en lo que significaba la victoria de Nuun. El caelestum que los ángeles tenían en la sangre los hacía inmortales, así que las heridas que se hicieran en aquella prueba se curarían con rapidez, y solo afectarían a los méritos que entregaran. Como serían pocos, Resh bajaría del segundo puesto en la Ascensión, lo que

le daría una tarea de menor importancia en la misión a la Tierra. Sin embargo, seguiría estando dentro. Solo aquellos mal'akh que no tuvieran los méritos suficientes, como él, se quedarían fuera.

Cerró los puños con fuerza y, al volver a darse la vuelta, Tzadi movió el brazo. Cuando Yud se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ya era demasiado tarde. La estrella que flotaba sobre la palma de su mano dio un par de giros y voló para estrellarse contra la pierna del propio Tzadi.

—¡No! —exclamó Yud al ver el fogonazo de luz.

—¡Lo sabía! —le gritó Tzadi cuando el brillo de la estrella se extinguió. La sangre le manchaba la piel y el dolor le aprisionaba la voz—. ¡Sabía que ocultabas algo!

Yud se apresuró a acercarse a él. Un nudo hecho de enfado y confusión le aprisionaba la garganta. La piel de su hermano y amigo, quemada y en carne viva, se había convertido en una desagradable mezcla de rojo y negro.

«Se ha atacado a sí mismo —pensó con el estómago revuelto—. El muy idiota se ha atacado a sí mismo».

—¿Qué has hecho? —le preguntó en un susurro al ver que los tatuajes le desaparecían de la piel—. ¿Te has vuelto loco?

—En realidad siempre lo he estado —replicó Tzadi, bajando la vista para inspeccionarse la herida—. Y cierra la boca, Yud, que das mala suerte.

En ese momento, Shin lanzó contra Vav un relámpago que por fin consiguió tirarlo al suelo y hacerle rodar sobre la hierba como si sus alas hubieran quedado inutilizadas.

—¡Gané! —gritó Shin, alzando las manos en un gesto victorioso—. ¡Por fin!

El sonido de unas trompetas rompió el silencio del bosque, anunciando el final de la prueba. Los seis mal'akh se miraron entre ellos. Tres habían ganado, tres habían perdido. Y, para sorpresa de todos, Yud estaba entre los primeros.

«Los arcángeles van a descubrirnos —pensó—. Los arcángeles van a castigarnos».

Y, como si su miedo los hubiera invocado, tres pares de alas blancas aparecieron en el cielo para cubrirlo de perfección. Poco a poco, tres figuras fueron bajando, en círculos, dibujando un bello e hipnótico baile. Cuanto más se acercaban, más se aceleraban los latidos del corazón de Yud.

«No —suplicó en silencio—. Por favor».

Cuando los recién llegados aterrizaron con sus túnicas de oro, los mal'akh agacharon la cabeza para rendirles un respetuoso homenaje. Yud fue el único que se quedó quieto, rígido, un fuego intenso quemándole las entrañas. No podía apartar la vista del más alto de los señores del Cielo, el más hermoso, el que le había destrozado.

Miguel.

—Enhorabuena, mis humildes mal'akh —dijo el arcángel. Tenía los párpados teñidos de oro, a juego con el brillo que le acariciaba la palidez de los pómulos y las cortinas de pelo ondulado que le enmarcaban el rostro—. Los designios del Creador son insondables y sus caminos, inescrutables. Pese a ello, estoy convencido de que hoy se siente muy orgulloso de vosotros.

Miguel recogió las alas y comenzó a caminar con lentitud, haciendo un recuento silencioso de los mal'akh heridos. Yud apretó la mandíbula con rabia. No quería tenerlo cerca. No quería que volviera a hacerle daño.

—Impresionante —comentó el arcángel, observando con admiración la daga de diamante que atravesaba el abdomen de Resh—. Gabriel, Rafael, venid a ver esto.

Los otros dos arcángeles, que hasta ese momento habían permanecido en segundo plano, se acercaron. Gabriel, que se situó a su derecha, tenía los labios pintados de oro, la piel negra y unos ojos almendrados que parecían hechos de ámbar. Rafael, a su izquierda, era todo cobre y canela, fuego y carbón, furia y sospecha.

—¿La has invocado tú? —le preguntó Rafael a Nuun señalando la daga de diamante.

La mandíbula cuadrada de Nuun se crispó, como si no quisiera responder a esa pregunta, pero terminó cediendo. En el verde oscuro de sus ojos había una sincera y clara decepción; la resignación de quien sabe que está obligado a decir la verdad.

—No —respondió—. Fue un regalo de Tzadiel.

Nuun señaló a Tzadi y los tres arcángeles, muy interesados, se giraron hacia él. Al ver que estaba herido, fruncieron el ceño y se acercaron. Miguel ni siquiera se dignó a mirar a Yud, de pie a su lado, como si no quisiera que se sintiera merecedor de su trato.

—¿Quién te ha ganado, Tzadiel? —le preguntó el arcángel—. Has superado todas las pruebas con destreza y eres el primero en méritos. No esperaba que fueras a fallar en esta.

Tzadi se quedó callado unos segundos, algo cohibido por la cercanía de los señores del Cielo, pero después desvió la mirada hacia Yud. El mundo entero tembló bajo los pies de este cuando sus superiores repararon por fin en su presencia. No se sentía capaz de defender la mentira delante de Miguel.

—Yudiel —dijo este, paladeando su nombre—. Qué sorpresa. Al contrario que Tzadiel, no has destacado en ninguna de las pruebas de la Ascensión y, por tanto, has obtenido muy pocos méritos. Estabas fuera de la misión.

—En la prueba de velocidad quedó el primero —apuntó Vav a su espalda. Nadie le hizo caso.

—Esto cambia bastante las cosas —dijo Gabriel, observando a Yud con interés—. Si no me equivoco, los méritos obtenidos por ganar a Tzadiel en esta prueba te permitirían ascender junto a tus hermanos.

—¿Has estado reservando tu poder para la última prueba, Yudiel? —quiso saber Rafael—. ¿O nos estás ocultando algo?

Yud notaba la boca seca, los latidos de su corazón desbocados. Quería echar a volar, batir las alas e irse lejos, muy lejos de allí. Quería gritar por culpa del dolor de los recuerdos. ¿Sabría Miguel lo que sus acciones le habían provocado? ¿Lo sospecharía siquiera?

—Yo...

—La verdad es que ha sido increíble —le interrumpió Tzadi, dolorido—. Me había confiado. Sabía que ganaría la batalla y, de repente, ¡pum! Un fogonazo de luz quemándome la pierna.

—Cállate —le ordenó Rafael. El recelo asomaba por sus ojos oscuros.

Yud sentía la garganta bloqueada. Su lengua se negaba a reaccionar. Lo único en lo que podía pensar era en la palabra «mentira», que se repetía en su mente una y otra vez.

—¿Podrías hacerlo de nuevo? —le preguntó Miguel. Aunque el verde de sus ojos era suave, Yud lo sintió afilado y ardiente—. El ataque a Tzadiel. ¿Podrías repetirlo frente a nosotros?

Todos sus compañeros se quedaron quietos, en silencio, sin atreverse siquiera a respirar. Sabían lo que Tzadi había hecho, y también sabían que, si los arcángeles lo descubrían, habría consecuencias.

—La verdad es que...

—No sé si sabéis —le cortó Rafael— que la sangre de las heridas que se hace uno mismo no huele igual que la sangre de las que nos hacen otros.

A Tzadi se le escapó una risa burlona que murió en el tenso silencio del bosque. Yud, por el contrario, se puso muy tenso. Un invierno invisible le había congelado de repente el cuerpo y las alas.

«Lo saben —pensó—. Claro que lo saben».

—Yudiel —insistió Miguel—. Si no usas tu poder de nuevo y nos muestras lo que eres capaz de hacer, todos quedaréis expulsados de la Ascensión y condenados a ser mal'akhs para siempre.

Yud escuchó las quejas de sus compañeros, los bufidos de indignación. Sabía lo que Miguel estaba haciendo, y eso le hizo sentir más pequeño y miserable que nunca. Por mucho que quisiera, por mucho que deseara usar su poder, no podía hacerlo. Miguel se lo había arrebatado. «Quiero escucharte gritar» le había dicho una vez. Y esas tres palabras aún se repetían en sus pesadillas.

—¡Eso no es justo! —se quejó Nuun, que ya saboreaba el segundo puesto.

—¡La prueba ya ha terminado!

—No podemos...

—¡Silencio! —les cortó Rafael, mirándolos a todos con desprecio—. ¿Quiénes os habéis creído que sois?

Yud cerró los puños, intentando controlar así los nervios que agitaban sus plumas. Como mal'akhs, estaban obligados a cumplir las órdenes de los señores del Cielo. Daba igual lo que estos pidieran, las normas del Cielo eran muy claras: la voluntad de los señores del Cielo eran órdenes para ellos.

Por eso, porque no había escapatoria posible, sabía lo que tenía que hacer.

Yud se tragó el miedo y el orgullo y se puso de rodillas. Estaba dispuesto a confesar sus pecados, a pedir que solo le castigaran a él. Estaba dispuesto a dejar que Miguel, que disfrutaría viéndolo humillado, volviera a hacerle daño.

«Por mis hermanos. Por mi familia».

Sin embargo, cuando despegó los labios para hablar, un nuevo ángel aterrizó en el claro. Lo hizo con una elegancia innata, como si el viento fuera consciente de que tenía el privilegio de transportarlo. Brillaba con tanta fuerza que todos los presentes tuvieron que entornar los ojos para poder soportar su resplandor. Iba vestido con una túnica dorada, el rostro pintado con oro y los tobillos libres, así que solo podía ser un arcángel. El único que faltaba. El más perfecto y poderoso de todos.

—Luzbel —musitó Miguel—. ¿Qué haces aquí?

Luzbel avanzó hasta ellos y Yud se quedó sin respiración. Siempre lo había visto de lejos, pues solía estar junto al Creador, y se sorprendió al descubrir que tenerlo cerca era como estar en presencia del mismísimo sol. Tenía el pelo rizado, de un brillante castaño rojizo, y los ojos de un azul tan claro que parecían dos pedazos de cielo. Los tatuajes brillaban con intensidad incluso en su rostro, bendecidos por solo acariciarlo.

Yud nunca había visto un ángel tan hermoso como él.

Yud nunca había visto nada, en todo el Universo, tan hermoso como él.

—Os dije desde el primer momento que no estaba de acuerdo con someter a los mal'akhs a esta prueba —los reprendió el arcángel, dirigiéndose especialmente a Miguel—. ¿Por qué os empeñasteis en enfrentarlos a unos contra otros? ¿En qué beneficia eso a nuestra sagrada misión?

—Tenían que demostrar la valía de sus gracias —explicó Gabriel—. El Creador especificó que solo los mejores podrían acompañarlo a la Tierra.

—Los mal'akhs son mentirosos y traicioneros —añadió Rafael—. Ni siquiera con disciplina son capaces de seguir el camino recto del Creador. No se merecen ascender, no sin haberlos enderezado antes con mano dura.

Cuando Luzbel dirigió su mirada hacia Yud, este sintió un extraño vértigo. Los ojos del arcángel eran cálidos, como un abrazo, y no pudo evitar pensar en lo diferentes que eran de los de Miguel. Le habría gustado pasar la vida entera contemplándolos, perdiéndose en sus secretos.

«Yudiel» le dijo Luzbel, extendiendo una mano hacia él. Yud tardó un par de segundos en darse cuenta de que la voz había sonado solo dentro de su cabeza, de que las palabras del arcángel habían sido un arrullo dentro de su mente. «Toma mi mano».

Aunque todo en Luzbel le hacía querer confiar, Yud dudó. No estaba bien visto que los mal'akh tocaran a los arcángeles. Miguel, además, lo estaba mirando fijamente.

Sin embargo, ¿cómo podía negarse? Luzbel tenía la piel más suave que había visto en toda su vida, una piel perfecta hecha de nácar y estrellas.

Tragó saliva y, con el corazón desbocado, le dio la mano.

«El amor —le susurró Luzbel—. El amor es la luz más poderosa de todas».

La voz del arcángel inundó su cuerpo, llenándole las venas y calentando hasta los rincones más congelados de su alma. Poco a poco, el poder dorado de Luzbel tejió imágenes en su cabeza. Vav sonriéndole a las flores, Tzadi sacrificándose por él, Resh bromeando para hacer que se relajara. Sin necesidad de decir una sola palabra, Luzbel le recordó lo poderoso que era el amor que sentía por sus hermanos, por su familia; y lo obligó a explorar en su interior. Yud pudo sentir unos dedos invisibles buceando en su alma y, contra todo pronóstico, los dejó hacer. Era una sensación agradable, como un si un ser querido le estuviera despertando a besos, curando todo su dolor.

Y, cuando más relajado estaba, lo sintió.

Su gracia.

No fue un estallido de poder, una explosión ardiente y dolorosa, sino un ligero cosquilleo, la caricia de un amante. Los tatuajes dorados comenzaron a abrirse paso en la piel de Yud, hermosos e intricados, y él contuvo el aliento. Al reconocerse de nuevo tras años y años perdido, una sonrisa le iluminó el rostro y casi estuvo a punto de echarse a llorar.

No estaba roto.

No le habían destruido del todo.

—¡No hay mentira en su alma! —exclamó Luzbel, ayudándolo a ponerse en pie. Sus manos permanecieron unidas más tiempo del estrictamente necesario, aunque mucho menos del que a Yud le habría gustado—. Este mal'akh tiene un corazón puro, noble y lleno de amor. Tanto él como los demás ascenderán y participarán en la misión a la Tierra. Es una orden.

Los mal'akh gritaron de júbilo, entusiasmados, mientras Miguel, Gabriel y Rafael apretaban los labios. Yud, sin embargo, no pudo apartar la mirada de Luzbel. Al separarse de él, su gracia se había apagado, pero aún podía sentirla en lo más profundo del pecho. De alguna forma, y aunque sabía que aún no se había recuperado del todo, volvía a tener esperanza.

—El Creador tiene grandes planes para ti —le susurró Luzbel, guiñándole un ojo—. Estoy deseando verte brillar.

Yud, aún hipnotizado, se olvidó de Miguel, del dolor, de la Ascensión y de la misión a la Tierra. Su poder seguía ahí, no se lo habían arrebatado. Un simple roce lo había despertado. Además, también había desencadenado unos pensamientos que, para un mal'akh como él, eran un sacrilegio: ¿qué pasaría si volvía a tocar las manos de Luzbel? ¿Qué le provocarían sus caricias? ¿Qué sentiría al besar sus labios?

—Podéis ir a descansar —les indicó Luzbel. Su mera presencia parecía iluminar el bosque, el Cielo entero—. Muy pronto recibiréis noticias sobre la sagrada misión en la que, juntos, estamos a punto de embarcarnos.

Tzadi se abalanzó sobre Yud, rodeándolo con los brazos en un gesto de cariño y felicidad, aunque él seguía perdido en los bellos rasgos de Luzbel. Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, casi sintió que el mundo se incendiaba en llamas doradas. ¿Cómo podría volver a hablar con él? ¿Cómo podría conseguir tocarlo de nuevo?

Las respuestas a esas preguntas poco importaban, porque tras la misión para la que los ángeles se estaban preparando, el orden del universo cambiaría para siempre. Ellos no lo sabían, pero el Creador había tomado la decisión de darle la vida a los humanos.

Y, con ellos, llegaría la Oscuridad.